

La Juventud Literaria

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO X. DIRECTOR PROPIETARIO:
Ramón Blanco Rojo.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:
En Murcia y Lorca, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pts. trimestre.
Número suelto 10 cts. Redacción: Apóstoles, 11, bajo.

COLABORADORES:
Todos los suscritores. NÚM. 429.

MURCIA 10 DE JULIO DE 1898.

La Juventud Literaria

PALIQUE

Pues señor, no hay más remedio, la boca se me hace agua con los sorbetes del día que publican en sus planas los periódicos locales que dan raciones diarias. El sorbete está de moda y en todas partes se halla, en cafés y restaurants de clases muy variadas, y acuden á refrescarse lo mismo la aristocracia que los de la clase media que los de las clases bajas. Las viejas siempre se toman un buen vaso de avellana y el mantecado prefieren casi todas las románticas. A muchos gusta la pera, otros de fresa se hartan, y los más indiferentes toman leche merengada. Ayer presencié una escena que, á la verdad, tuvo gracia. En el Oriental entró un cateto é hizo palmas y pidió café bien fresco para ver si le gustaba. —¿Café granizado solo? preguntó el mozo sin guasa, y le contestó el cateto: —Tráigalo usted con tostada.

Continúa molestándonos el calor.

Ese caballero da todos los veranos en la misma manía. ¡Es cosa particular!

De nada sirve aligerarse de ropa hasta donde la honestidad permite ó consienten las exigencias de la Moda. Mientras se estile llevar camisa con cuello y puños almidonados y ponerse corbata que aprieta como un dogal, no hay otro remedio.

En esta época del año pienso con envidia en Apolo, Antinoo y Spartaco que tenían el privilegio de salir desnudos por las calles.

Aunque no tanto, por mór de la decencia, siquiera debía permitirse salir en mangas de camisa.

Los días de calor son terribles. Y á propósito, con perdón de Vdes., voy á darles á conocer unos versitos que escribí ayer con gotas de sudor... en la frente.

Decía yo:

Esto es atroz, insufrible;
yo me muero de calor;

que me muero, si señor,
aunque parezca increíble.
Este sudar me aniquila;
de tanto sudar el quilo,
el hombre queda hecho un hilo
y la mujer... una hila.
Al calor no hay quien le venza;
¡y cómo sopla fatal
Qué viento más... animal
y con más poca vergüenza...
Quiero ver si desahogo
toda la bilis que tengo;
si del calor no me vengo,
me parece que me ahogo.
Es necesario humillar
á un viento de tantos humos;
hombre, los de los consumos,
¿por qué lo dejan entrar?
Duro con él, infelices,
que se cuele; no dejadle,
vuestra es la puerta! Pues dadle
con la puerta en las narices...>

Al llegar aquí no pude continuar, solté la pluma y agarré un abanico-anunciador, me parece que de la Tienda del Catalán.

Cinco minutos después estaba en brazos de Morfeo.

Soñé que atravesaba el desierto de Sahara subido en un cebrador de contribuciones. De repente me pareció divisar una caravana. Le di con el tacón á mi camello que al sentir el golpe me presentó un recibo.

Pero la caravana no parecía. Allí no había más cara que la mía; vana fué mi esperanza...

Desperté al poco rato, abrasado por la sed. Me restregué los ojos y... no fué chorro el que cayó en mi boca desde un rico botijo que tengo, y que pongo á la disposición de ustedes.



EL AGUADOR

En una pequeña aldea
junto al Concejo de Pravia;
á la orilla del Nalón,
hermosa cinta de plata
entre cuyas linfas bullen
las truchas asalmonadas;
en un pobre caserío
que á veces inunda el agua,
y con vergüenza de verse
en el río se retrata,
allí nació el buen Pedrín

y pasó su alegre infancia
entre verdes maizales,
y entre espesas pumaradas.
Trabajando desde niño,
come menos que trabaja,
y duerme menos que come
y suspira más que canta.
Un hermano que le sigue
casi le llega á la barba,
y, aunque es muy joven, bien puede
con el peso de la azada.
Pedrín sabe que va á Oviedo
una carretera blanca
que á dos leguas de la aldea
por entre los montes pasa,
y desde Oviedo no habrá
á la tierra castellana
apenas ochenta leguas
que á pie cualquiera las anda.
El sabe que allá en Madrid
buenos jornales se ganan,
y que á Madrid se fué siempre
de Asturias la flor y nata.

La codicia del dinero
mordió á Pedrín en el alma,
y con una muda al hombro
en la punta de una vara,
dejó la aldea una noche
pisando nieve y escarcha.

Pedrín en la villa y corte
entre ocupaciones varias,
al fin optó por la cuba
y de aguador sentó plaza.
¡Nacido á orillas de un río
tenía afición al agual!

Con cuatro arrobas al hombro
las escaleras desgasta,
llevando el precioso néctar
que á tan bajo precio pagan,

En una estrecha guardilla
vive con seis camaradas,
que tras la ruda tarea,
en dos jergones descansan.
¡Las pocas horas que duermen
duermen tres en cada cama!
Mas si el jergón es estrecho,
escaso es también de paja
y dejan en los ladrillos
las costillas señaladas.
Nunca renegó Pedrín
de su honradez asturiana
y la casa donde él entra
está segura la casa.
Diez años lleva en Madrid
siendo el borrico de carga;
y los ministerios caen,
y los políticos cambian,
aunque tanto baja y sube,
Pedrín ni sube ni baja.
En diez años de trabajos
veinte onzas lleva mandadas
para que compren sus padres
dos tierras y cuatro vacas.

También mandó á su Pachina
tres duros para una saya
y otros dos para un pafuelo
y unos pendientes de plata.
Pachina le quiere tanto
que hace diez años le aguarda,
y él no tiene otro cariño
que su cuba y que su Pacha.

El amor no pesa mucho,
pero la cuba es pesada,
y al subir las escaleras
Pedrín se sienta y descansa.
Siempre mojados los pies
y mojadas las espaldas,
siente que le faltan fuerzas
y que el aliento le falta.

En cuanto cierra los ojos
abre los de la esperanza,
y allá, lejos, al extremo
de una carretera blanca,
ve la orilla de aquel río
que su casita retrata,
y á sus padres que le esperan
y á Pachina que le aguarda.

De aquella tierra querida
siente la triste nostalgia,
pero, ¡ay! las ochenta leguas
defícilmente se andan
teniendo un pulmón de menos
como al buen Pedrín le pasa.

Al despertar de su sueño
encontróse una mañana
del Hospital de San Carlos
en la más lóbrega sala.
Ya perdió el nombre Pedrín:
El número diez le llaman,
y sólo van los domingos
á verle sus camaradas.
Volar quisiera á su aldea,
pero muy tarde se afana
que ni el triste pensamiento
puede ya batir sus alas.
¡Noble mártir del trabajo,
su triste vida se apaga,
pero el último suspiro
que su herido pecho exhala,
cruzó por las galerías
buscando salida franca,
siguió por la carretera
salvando nieves y escarchas,
y aun caliente, con el fuego
de la postrera esperanza,
llegó al pobre caserío
junto al Concejo de Pravia,
besó la rugosa frente
de su madre acongojada
y buscó tumba amorosa
entre los labios de Pacha!

JOSÉ JACKSON VEYÁN

